

POLITICA.

ARTICULO V.

(Conclusion.)

El edificio social que estaba fundado sobre el sistema de los privilegios, cuyo cuadro hemos delineado en el artículo precedente, tenía que desplomarse. Por mas que durante algunos siglos se estrelláran, al parecer, en su solidez los sacudimientos que de vez en cuando produce aquella agitacion que se mantiene siempre viva en el campo de las teorías, sus cimientos llegaron á debilitarse de tal modo, fue tan grande el desenlace y desunion de los materiales de que se componia, que, no existiendo trabazon ninguna, ni el nivel que hubiera podido darle cierta estabilidad, su ruina se hizo inevitable. Semejante régimen estaba en abierta contradiccion con el espíritu del siglo, no guardaba armonía con sus tendencias, no correspondia á las ecsigencias de la época, ni satisfacía las necesidades de la opinion, reina y señora del mundo. Por otra parte, sobre ser injustas las condiciones de su ecsistencia, los elementos de su organizacion eran tan heterogéneos, que, no siendo posible conciliarlos, mal podrian formar un todo compacto y uniforme, dentro del cual cupieran todas las opiniones, todos los intereses, y sus formas fueran adaptables á todas las modificaciones, á todas las reformas que de continuo surgen del movimiento intelectual. Pero aun habia mas; las tres clases en que estaba dividida la sociedad, vivian en una guerra sorda é intestina que fomentaba el mismo gobierno; y como cada una aspiraba á dominar y oprimir á las demas, la que formaba el *estado llano*, que era la mas vejada por la nobleza, segun que fue haciéndose mas poderosa y rica, mas morigerada é instruida, cuando se creyó capaz de conquistar los derechos que desde tiempos muy lejanos la habian usurpado, enarboló la bandera de la revolucion. Pocos esfuerzos fueron necesarios en esta lucha: la victoria se declaró por los libres, y el pendon de la justicia se dejó ver ondeando sobre el alcázar ya derraido de la tiranía.

Abolidos todos los privilegios de nacimiento, destruidas las preeminencias de las clases, disueltas todas las corporaciones opresivas, la revolucion echó por tierra aquellas clasificaciones arbitrarías, tiránicas é injustas; y proclamando el principio de la verdadera igualdad, solo podia sancionar las distinciones que dán el talento y la virtud. En este nuevo orden social el uso inofensivo de las facultades humanas no encontraba las trabas y restricciones que en el anterior, y podian tomar un desarrollo ilimitado; todas las profesiones se declararon libres; se permitió la entrada en todas las carreras á todas las capacidades; establecida la concurrencia en todos los trabajos, en todas las ocupaciones, en todas las empresas, en todos los progresos y adelantos, la actividad tenia forzosamente que multiplicarse, el estímulo debía crecer de dia en dia, y el mérito encontrar su debida recompensa. Con estos elementos hubieran brotado con el tiempo los verdaderos gérmenes de la libertad y engrandecimiento de los pueblos; el género humano hubiera tocado el término hácia el que le encaminaban los progresos de la civilizacion, si la *empleomania* no le hubiera de-

tenido en su carrera, sino hubiera contrariado su curso, cambiado su direccion, y muerto aquel espíritu industrial naciente del que habia de recibir nueva vida la sociedad. Esta pasion dominante de aspirar todos á los destinos públicos, nació de las entrañas de la misma revolucion, y segun que fue generalizándose, fuéronse ahogando los buenos instintos que las tendencias del nuevo sistema iban creando, de modo que, bastardeando su origen, acabo por desnaturalizarle y destruirle.

Ya hemos dicho que en el régimen de los privilegios la nobleza se habia reservado la mejor parte en la distribucion de las esenciones y repartimiento de las gracias, y que escitaba los celos de los hombres industriosos y hasta su odio y animadversion, el que los empleos mas honoríficos y lucrativos constituyeran el esclusivo patrimonio de los nobles. En este estado la ambicion de las clases laboriosas no podia contentarse con los privilegios que disfrutaban estas, mientras no se las diera participacion en el egercicio de los poderes, y natural era que se avivaran cada dia su envidia y sus deseos por obtener las ventajas inmensas que reportaban las profesiones peculiares del servicio público. De aqui, pues, provino el que la multitud anhelára el poder, cuando la revolucion rompió la barrera que impedia acercarse á él á todos los individuos que pertenecian á la clase media, y se declaró que fuese tan accesible como cualquiera otra cosa. Concíbese bien que de la revolucion saliera una nube de pretendientes á los empleos, que abandonarían por ellos el trabajo, que cambiáran la industria por el poder, que miráran al gobierno como una mina que debian explotar en beneficio propio, creyendo que solo por este medio podian adquirir fácilmente una gran fortuna y una gloria que estaba reservada únicamente para los funcionarios públicos, porque las clases laboriosas carecian de bastante ilustracion para comprender que el verdadero honor y dignidad los da el egercicio de las profesiones útiles á la sociedad. Declaradas, como lo fueron, todas libres, esplicase bien que mereciera la preferencia la de los empleos, sobre la que dirigian todos sus miras, considerándola como un medio general de subsistencia, como una carrera lucrativa y honrosa, abierta á todas las ambiciones: en la carrera de la ambicion no son tan necesarios, como en la de la industria, el talento, la aplicacion y demas virtudes sociales; el favor, la intriga, la bajeza, la suerte y la casualidad son muchas veces los medios de obtener un empleo. Señalado el origen de esta pasion de la *empleomanía*, veamos cuales fueron sus efectos.

Esta pasion contenia el principio mas destructor de la industria: no podia ecsistir la una al lado de la otra, sin que la causára graves daños, sin que el acrecentamiento de la primera produjera la muerte de la segunda. Segun que crecia y se fortificaba la tendencia á los empleos, segun que se iba arraigando mas cada dia y se generalizaba, asi se debilitaba el espíritu industrial, asi se perdía la aficion al trabajo y tenia que irse estinguendo el amor á las artes: el hábito de vivir de un sueldo pagado de las arcas del tesoro, adormece la actividad, destruye la emulacion, la constancia, el espíritu de invencion, las asociaciones, las empresas y cuanto pone en egercicio nuestras facultades fisicas y morales. Cuantos hombres se dedican á ser empleados, son otros tantos agentes que se roba á la produccion, otros tantos brazos de que se priva á la industria en sus diferentes ramos; y como, para acallar la desmedida ambicion de los que los pretenden y solicitan, es forzoso crear una multitud de destinos inútiles y vejatorios, naturalmente tienen que entorpecer el movimiento intelectual é industrial, enervar la accion de nuestras fuerzas, y producir cierto desaliento, sintomas todos de una paralizacion social. Aun hay mas; cada clase de empleos, creada sin necesidad, hace preciso el aumento de impuestos y contribuciones;

y la industria que pierde cuantos hombres son arrastrados por su ambicion á entrar en la vida pública, se vé privada tambien de los capitales que se invierten en pagar sueldos innecesarios á los nuevos empleados.

La *empleomania* produce males morales mas graves y de mas trascendencia que los económicos que acabamos de enumerar. En los pueblos donde llega á dominar, es inevitable la corrupcion en las costumbres, porque los medios que proporciona para enriquecerse, por reprobados que sean, los legitima. Ella contagia todas las virtudes sociales, pervierte y corrompe la sencillez y pureza de los hábitos laboriosos, convierte á los honrados ciudadanos en cortesanos ociosos y mal-entretenidos; llevando los vicios de la Corte á todas las poblaciones, acaba con la industria y fomenta la ambicion, reemplaza al talento con la bajeza, sustituye al trabajo con la intriga; é infestadas todas las clases de la sociedad con este vicio dañino que las trasmite, todas se prostituyen, se envilecen, y cambian la tranquilidad y sosiego del hogar doméstico por la azarosa y turbulenta vida pública. El adular al poder, solicitar sus favores, mendigar su proteccion, hacerle árbitro del bienestar del que renuncia á su independencia individual, no es ya el privilegio triste de una clase, ha venido á ser la ocupacion de todas, quienes han heredado con el servilismo de los cortesanos sus hábitos licenciosos, sus tendencias al fausto y á la disipacion, sus inclinaciones al lujo inmoderado, comprometiéndose en gastos estraordinarios que su fortuna insegura é incierta no puede soportar. Pero si todos estos vicios que acabamos de señalar son tan perniciosos, no lo es menos la aversion que inspira en muchos empleados para dedicarse, cuando dejan de serlo, á los diferentes ramos de la industria; y el desden con que no pocas veces han mirado el ejercicio de las artes mecánicas, considerándolas como ignominiosas y hasta degradante para ellos el ejercerlas. Ha sido tal, en una palabra, el ascendiente que esta pasion ha tenido, por desgracia, sobre la opinion, que se ha visto á hombres de mérito, que tienen en sí sobrados elementos para adquirirse una subsistencia mas cómoda y holgada, mas real y positiva que la que les proporciona un miserable empleo, afligirse amargamente el dia en que se le han quitado, solicitando su reposicion como único medio de reparar su desgracia, antes que valerse de sus facultades productivas.

Por mucho que se aumenten los empleos, como es siempre mayor el número de los que los solitan, cuando la *empleomania* llega á ser una pasion general, que es el supuesto bajo el que la estamos ecsaminando, una de sus consecuencias mas inmediatas es la disolucion de los vínculos sociales mas respetables, producida por la intriga y las malas pasiones que frecuentemente se ponen en juego por los que se disputan el poder. Los que le poseen procuran retenerle á todo trance, y no pueden permitir que se les arrebate una presa que reparten entre sí y sus paniaguados, quienes, unidos, mas que por la identidad de principios políticos, por sus intereses particulares, forman un partido que creyéndose él solo capaz de *hacer la felicidad del pais*, dice que faltaria á un deber hasta de conciencia en no impedir que otros pilotos inespertos se encargáran de dirigir la nave del estado: otros partidos que aspiran á escalar el poder, poseidos de iguales sentimientos y tendencias, teniendo las mismas pretensiones, alegando unos mismos títulos, y valiéndose de cuantos medios les sugiere su ciega y desenfrenada ambicion, comprometen de continuo la tranquilidad pública, y empeñan á los pueblos en esas luchas que son una sentina de males, y en esas bastardas revoluciones que han sido durante algun tiempo la tarea de la Europa moderna. El pueblo, aleccionado en la escuela de la esperiencia, que es la maestra del mundo, y escarmentado con los diarios desengaños, que le han hecho

conocer que todos los partidos pretenden apoderarse del gobierno para utilizarse de él, no puede menos de mirar como á enemigos suyos á los gobernantes, formando causa comun con todos los que intentan destruirlos. Asi se explica este descontento que se observa en el público, esa inclinacion que tiene á desconfiar del gobierno, su predisposicion á hacerle siempre la guerra.

La *empleomania* favorece las intenciones de los gobiernos, les ofrece el medio mas seguro de realizar sus designios, pone en sus manos el único elemento que puede contrarrestar el espíritu de independencia que engendra el trabajo; y, anteponiendo sus intereses á los de la sociedad entera, en vez de contener aquella pasion procuran generalmente darla el mayor impulso. Alhagada con la creacion de nuevas plazas la ambicion de los pretendientes, el número de estos tenia que aumentarse: proclamando la revolucion y sancionado por ella el derecho de la igualdad política, en virtud de la cual todos los ciudadanos son admitidos á todos los empleos, miran á estos como una carrera que les proporciona ocasion de adquirir honores y riquezas; y la gran masa de la poblacion, solicitando entrar en ella, emplea la actividad y el tiempo que debía invertir en alentar la nueva propension de prosperar por la industria, en amortiguarla. En este nuevo orden social es verdad que no hay ya clases, gerarquías, corporaciones ni hermandades, que su sistema opresivo ha sido abolido; pero lamentablemente fué remplazado bien pronto por otro, en cuyo cambio no ganó nada el país, pues no habia entre uno y otro mas diferencia que la del nombre. No encontrando el poder ningun obstáculo que le impidiera estender su autoridad, se aprovechó de la inclinacion general á obtener empleos, que llegó á invadir todas las clases, y creó una administracion central, que reconcentró en sí todas las atribuciones, todas las facultades, todos los derechos que habian sido arrebatados al pueblo, y que la revolucion le habia reintegrado; destruida la reforma que esta introdujo en el régimen social, los privilegios y esenciones que antes de ella gozaban las corporaciones, pasaron á los gobiernos, los cuales no se descuidaron en dar un carácter público á muchas instituciones privadas, para organizarlas de modo que egercieran sobre ellas una influencia ilimitada y pudieran hacer de ellas una arma de opresion. El gobierno se ingirió en todos los trabajos, en todas las empresas, en todas las industrias, en todas las asociaciones, en todos los cuerpos, pretendiendo fomentarlos, arreglar los y dirigirlos, y se vieron muchas profesiones particulares convertidas en oficios públicos, muchos que egercian una ocupacion privada trasformados en agentes de la autoridad, que se fueron abrogando cierta intervencion hasta en los negocios que tenian un carácter privado. El gobierno, estendiendo por este medio á lo infinito su accion, redujo la de la sociedad, sobre la que egerció una influencia tan grande, que, teniéndola bajo su tutela, al favor de la proteccion con que pretendió dirigirla, la constituyó en la mas rigurosa dependencia de su poder. Esta administracion central no puede sostenerse sino con un número escensivo de empleados, que originan forzosamente cada dia nuevas obligaciones al Estado, y para cubrir las es indispensable aumentar las partidas del presupuesto de gastos, establecer nuevos impuestos, apelar á nuevas cargas, poniendo en contribucion á todos los establecimientos, á todas las actividades, á todos los objetos, y generalizar el odioso sistema de fiscalizacion, que llega á convertir todas las instituciones, que deben tener por único objeto proteger á los ciudadanos, en instrumento de tirania y de espoliacion. Alentada por los gobiernos, segun hemos patentizado, la *empleomania*, que tan bien se prestaba para engrandecer su poder, y que tanto favorecia una ad-

ministracion central como la que llegaron á plantear en perjuicio de la sociedad y con menoscabo de los derechos del pueblo, veamos á ver si la *ciencia política* destruyó la causa de estos males.

La mayor parte de los publicistas modernos no han estado mas acertados que los de la antigüedad, cuando han creido que el gran problema social podia resolverse con una buena distribucion de los poderes públicos, cualquiera que fuera por otro lado el modo de vivir y el régimen económico de la sociedad. Los politicos y filósofos griegos y romanos, erigiendo en principio la esclavitud, y estableciéndola como base de su gobierno, pretendieron hacer consistir únicamente la libertad en una constitucion politica, como si esta fuera suficiente para destruir por sí sola todos los elementos de opresion y violencia que estaban como encarnados en sus creencias, hábitos y costumbres, que eran como los cimientos sobre los que estribaba su régimen social y administrativo. La escuela monárquica, que vino despues, participaba de estos mismos errores, y no fueron mas felices los resultados de sus doctrinas: para ella el mecanismo del gobierno encerraba el secreto de toda la *ciencia política*, afanándose en dar á los poderes constituidos una organizacion que por sí sola fuera capaz de labrar la felicidad de los pueblos; mas no podia cumplir con esta alta mision, ni llenar este grandioso objeto, mientras no hiciera desaparecer las causas que se oponian á su realizacion. No concebía una sociedad en la que no estuvieran en pugna los intereses de las diversas clases de que se compone, y considerando este fenómeno social como un efecto necesario, nacido de la misma naturaleza de las cosas, en vano pretendió conciliarlos por medio del artificio de las formas: el mal tenia sus raices mas profundas; esta pugna de intereses estaba incrustada en las venas del cuerpo social, y jamás podia extinguirse mientras no se la atacára en su origen. Su sistema económico y político estaba basado en dos principios que se escluyen mutuamente: constituido el monopolio al lado de la libertad, era imposible que prosperára la industria, y que pudieran hacerse progresos de ningun género en la política, en tanto que esta consagrara como uno de sus dogmas el sistema de los privilegios, tan enemigo del derecho de igualdad: cualquiera que fuera la legislacion económico-política, por mas ingeniosa que fuera la combinacion de los poderes públicos, no alcanzaban á cortar de raiz los conflictos que nacen de semejante anarquía administrativa.

No fue mas afortunada en un principio la escuela liberal; sin descender á investigar cuales eran los verdaderos principios constitutivos de un buen régimen económico, donde la libertad está tan hermanada con la justicia; sin considerar la influencia que él tiene en la resolucion de todas las grandes cuestiones sociales, no podia conocer los vicios que impedían crecer y robustecerse los buenos instintos é inclinaciones que habia impreso la revolucion, ni era posible tampoco consiguiera estirparlos, segun pretendia, con el único auxilio de una organizacion política. Solicitar establecer la paz con elementos de violencia, el orden con los de la anarquía, con los de la opresion la libertad, es para un politico una pretension tan ridicula y estravagante como para un matemático demostrar la cuadratura del círculo.

Sin quitar á la organizacion de los poderes politicos la grande importancia que tiene, sin dejar de conceder que cualquiera vicio orgánico de los mismos puede contribuir en parte para que los pueblos gocen de mas ó menos libertad, jamás puede señalarse como la principal, como la única causa que la produce la distribucion de dichos poderes: por bien hecha que esté su division, por bien entendida

:

y sabía que sea su combinacion, aunque al funcionar cada uno dentro de la órbita que le está marcada no destruya el equilibrio que asegura su ecsistencia, podrá ser tal el régimen económico de la sociedad que sea incompatible con él la libertad. Un testimonio bien auténtico de esta verdad nos ofrecen los pueblos guerremos, cuyos medios de subsistencia eran la esclavitud y la espoliacion; aquellos en donde todas las clases de la sociedad tenían sus privilegios, se hacia cierto monopolio, se oponian ciertas restricciones al egercicio de las artes; y, por último, los de la Europa moderna donde impera el espíritu de dominacion, donde la pasion de los empleos absorbe la actividad y la administracion central ha hecho grandes progresos. Mas, sin embargo de ser tan obvia y sencilla esta verdad no la han conocido los modernos politicos, ó han afectado ignorarla, cuando dicen que los hombres tienen el derecho de ser libres, en vez de enseñarles el medio de llegar á serlo, las cualidades que necesitan poseer para que lo sean. Decir que la libertad es una propiedad del hombre, de un modo absoluto, es una proposicion tan falsa como sostener que lo sea la sabiduria: el hombre llega á ser sábio si estudia y se instruye, como viene á ser libre si es morigerado y laborioso. Presentada la libertad no como un derecho, sino como un efecto necesario de las causas que la dán origen, en vez de mortificarse los publicistas en imaginar aquella forma de gobierno que han creido que era por sí sola á propósito para producirla, en lugar de considerarla como un dogma, ha debido la *ciencia política* mirarla como un resultado de la civilizacion, teniendo por objeto ecsaminar los medios de propagar esta y fomentar todos nuestros progresos, que es de donde aquella nace. La política no es una ciencia abstracta, no; es una ciencia de aplicacion como la física, por egeemplo; y asi como en esta no hay efecto sin causa, lo mismo sucede en la primera, sin que se nieguen á la observacion las relaciones que ecsisten entre las causas y los efectos, yá sean fisicos yá sean politicos. La ciencia suministra al político medios suficientes para comprender, analizar, hacer la demostracion del fenómeno moral que se llama libertad, como al físico el del calor, el de la gravedad, el de la luz y otros muchos fenómenos sensibles, sin mas que estudiar las leyes de la naturaleza.

La revolucion es inherente á la naturaleza humana, como lo es el instinto que la produce de mejorar nuestra ecsistencia moral y material: este sentimiento inspirado por el mismo Creador es tan imperioso, tan invencible, como el de la propia conservacion, y uno y otro nacen y mueren con nosotros. Cuantas revoluciones se han verificado han tenido este noble origen, y el fin tiene que ser la libertad de los pueblos: en tanto, pues, que no lo consigan no cesarán de renovarse, por mas que algunos espíritus tímidos y egoistas procuran ahogarlas á todo trance. El medio de llegar al término hácia el que dirige sus pasos la civilizacion es la industria, y afortunadamente se ha experimentado tal cambio en las ideas y la opinion, que una multitud de hombres instruidos, activos y laboriosos que la revolucion habia separado de la vida privada y lanzado en busca del poder y los empleos, han comprendido, y la esperiencia les ha hecho ver, que el trabajo es mas noble, mas lucrativo, mas honroso y mas digno que la dominacion. En este estado social toda la actividad se emplea en la industria, ya no se ven señores ni esclavos, clases privilegiadas ni pretendientes, aqui no hay mas que trabajo y comercio; hasta el mismo gobierno no es otra cosa que un trabajo que presta una pequeña porcion de la sociedad en nombre y por cuenta de toda la sociedad entera, una empresa pública en la que procura invertir el menor tiempo posible y emplear el mas pe-

queño capital. No puede ponerse en duda que la vida industrial es la mas propia para desarrollar nuestros conocimientos, para perfeccionar nuestros hábitos personales, y nuestras costumbres sociales, oponiéndose á que nos valgamos de medios violentos, de pretensiones injustas y de cuanto puede alterar las relaciones internacionales y turbar la paz. Este modo de vivir es á propósito para que los hombres puedan ejercitar libremente sus facultades intelectuales y sus fuerzas físicas, y hacer un uso ilimitado y variado de ellas; servirse de las mismas, del modo mas útil é inofensivo con respecto á si mismos y con respecto á los demas, ora en sus relaciones privadas, ora en sus relaciones públicas y nacionales, concluyendo de aqui que este régimen industrial, al que debe estar subordinado el politico, es el único en que pueden aquellos llegar á ser mas libres y adquirir una verdadera libertad.

El Viagero Errante.

SONETO DE VICENTE FILICAJA.

A ITALIA.

Traducido del Italiano.

¡Italia, Italia! ¡Oh tú, á quien dió la suerte
Infausto don de espléndida hermosura,
Dote infeliz de tanta desventura
Que en miseria y baldon tu faz convierte;
Fueras ¡ay! menos bella ó muy mas fuerte,
Porque menos amada tu dulzura,
O mas temida fuese tu bravura,

Del cruel, cuyo amor te dá la muerte!
Que del Alpe en torrente desbocado,
Al Pó, ya tinta en sangre su corriente,
No viera yo bajar hueste invasora;
Ni á tí, el contrario acero á tu costado.
Con el brazo lidiar de estraña gente,
Siempre esclava, vencida ó vencedora!
Heriberto García de Quevedo.

MADRIGAL.

Original Italiano (anónimo).

Lo pasado no ecsiste; en lontananza
Lo pinta la memoria:
Tampoco lo futuro, y la esperanza
Traza falaz su historia:
Cierto es solo el presente, y en un lampo

Cae de la nada en el confuso campo;
Luego la humana vida es un conjunto,
Una memoria, una esperanza, un punto.

García de Quevedo.

LOS SIETE NOVIO DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

(Continuacion.)

—Pero, señor licenciado, si la señorita que entró por la puerta no se llama *Aquilina* sino *Julia*, la hija de.....

Lo mismo fué oír el Licenciado *Pandectas* el nombre de *Julia*, que saltar precipitadamente de su asiento, exclamando con voz sonora, del mismo modo que si

fuera á alegar de *bien probado*: ¿Con qué derecho toma V. el nombre de Julia? es V. por ventura, parte legitima en el asunto? en donde están, pues, los documentos que acrediten el justo titulo? en el entretanto sepa V. que el amor de Julia me pertenece, por el derecho de prescripcion.

—Nadie le dice á V. lo contrario!

—Pues, entonces ¿cómo conoce V. á Julia?

—Porque creí que V. decia que se llamaba *Aquilia*, y la señorita se llama Julia.

El Licenciado *Pandectas* enarbola uno de los tomos de la Novisima recopilacion con ánimo de hacer legalmente un agujero en la cabeza de su cliente, por el atroz delito de tomar en boca el nombre de su querida; porque han de saber mis amadas lectoras que el Licenciado *Pandectas* era un amante muy furioso, y que con tanto calor trataba un punto del derecho, como hablaba de las gracias de Julia.

Tambien el señor Roque se arma á la ligera con un librote en fólio, en ademán de arrojarlo sobre su contrario y meterle una parte de las *Partidas* por el cráneo; pero no tiene necesidad de apelar á tales medios, porque *Pandectas* deja la Novisima, diciendo al sastre con mucha calma:—«amigo mio, creo que los dos andamos por los extremos de la cuestion; ¿quiere V. que se le dé la consulta por escrito?

—Para qué? lo mismo es que me diga V. de palabra si me asiste algun derecho contra mi agresor.

—Si señor, por la ley ya citada, pues como tenia los ojos en el cogote, y a V. le hundieron el sombrero hasta la nuca, y siendo palabras casi sinónimas, puede V. entablar la accion ó por el cogote ó por la nuca.

—Gracias, señor licenciado.—El Sr. Roque sale del despacho de *Pandectas*, y al mismo tiempo entra en él un jóven alto y delgado como un pino, quien con voz atiplada dice á *Pandectas*:—«Venia á consultar con V. sobre cierto negocio.

—Hable V.

—Estoy prócsimo á contraer enlace con una jóven muy bonita; pero como creo que ha de haber alguna oposicion por parte del padre quisiera saber si se le podrá obligar á que dote á la hija, con arreglo á su clase; pues el único objeto que tengo al pedir la dote y la hija, es poner con el capital un grande almacen de telas.

—Si, mas para eso debe V. tratar primero con el padre, y si consiente aunque sea de mala gana, podrá V. pedir en derecho la dote.

—Está muy bien.—El prógimo que acaba de consultar á *Pandectas* es *Cecilio Chacona y Contreras*, que no ha querido escribir el billete de la cita como documento *fehaciente* del amor de Julia, por no comprometerla. Pero á la menor duda por parte del licenciado hubiéralo sacado, y entonces hubiese visto con sorpresa que aquel tenia otro billete hermano gemelo del suyo.

Marcha *Contreras*, y llega *Paralelógramo* en averiguacion de si podrá poner una demanda de esponsales caso de que su futura llégue á decir que *no*. Tras este viene *Zampa-terrones*, preguntando los requisitos que son necesarios para hacer una donacion *inter vivos*, de la mitad del mayorazgo, á su novia. El Alférez *Tremenda* pregunta tambien á *Pandectas* si hay inconveniente en pedir la licencia para casarse con una jóven rica; *Homóplato* dicele que para el dia siguiente haga una solicitud á fin de entrar en los socorros mútuos, pues que trata de asegurar á su futura esposa, una regular pension (con el capital sin duda y aporte al matrimonio). Hasta Luis, ciego

de amor, consulta con el licenciado *Pandectas* sobre lo que hay que practicar para contraer un consorcio. Por manera que el uno entrando y el otro saliendo, *D. Telesforo* ha ganado un regular jornal, esclareciendo el derecho de sus rivales.

Tres agentes de policía han estado paseando por la acera de la calle y han tomado nota de las personas que han subido y bajado de la casa. Los agentes se marchan muy contentos, á dar parte de que los que por la mañana leían proclamas en la plaza tienen ya un punto de reunion.

CAPITULO VIII.

En el que el autor inventa una entrevista de dos jóvenes hechiceras é interesantes, en la cual una relata sus verdaderos amores y la otra los calla, por la cuenta que la tiene.

Hay circunstancias y situaciones en que las personas *selectas* de una poblacion como Vitoria aparentan conocerse, como si dijéramos por el forro, aun cuando á todas horas hagan una anatomía de sus cuerpos. Basta que una familia de importancia establezca comer á las tres de la tarde, para que otra, que come á las cuatro, la visite de cumplido, sin mas afecciones, ni otra intimidad que la que resulta de los nombres retumbantes que llevan las casas por voluntad de sus dueños. Si la Marquesita destroza un *vvals* en el piano, el Condecito se apresura á degollar una pieza de *Verdi* en el mismo instrumento. La una y el otro se aplauden mutuamente, y de aqui nacen estrechas relaciones; pero siempre se han de tratar con una especie de compás, establecido por la refinada etiqueta. Si el *Esco.* Sr. D. Terencio llega á saber que D.^a Prudencia, la baronesa del *Alfenique*, tiene reunion en su casa, penetra en élla, sin otro salvo conducto que un par de guantes blancos de cabretilla, ni mas documentos que una linda corbata, ni mas certificacion que haber emigrado juntos al extranjero, por *afrancesados*, el abuelo de la señora y el suyo. Si á uno de estos personajes *selectos* le envía la fortuna alguna condecoracion, á los demas les falta tiempo para tributar al agraciado las oportunas felicitaciones, nacidas tambien de la etiqueta y del buen parecer. Si D. Agapito viene de reconocer un pais extranjero, vé con satisfaccion que sus relaciones se han aumentado en su ausencia, pues tal es la gente que invade su aposento y tal el diluvio de targetas que llegan de todas direcciones.

De estas amistades tan estrechas para zaherirse y morderse, y tan anchas para tratarse con etiqueta, nacen esas afecciones tan íntimas, yá para pasar dos minutos en una casa, yá para dejar unas cuantas targetas en su puerta, ó bien para ver una disculpa respecto á la *visibilidad* de los visitados, porque estos arrastrados tambien por el buen tono, sufren las mismas modificaciones que la luna.

En los cuatro dias que hace que María y D.^a Tiburcia se hallan en Vitoria de regreso de su viage, no han cesado de subir y bajar las escaleras de la casa de Zamallon varias curiosas, infinidad de ociosos y multitud de amigos de ambos secos, que, con unas cuantas reverencias, dos ó tres palabras articuladas como por fuerza, han creído cumplir con el mundo. El señor de Beltran, padre de Julia, cuya amistad con Zamallon está cimentada únicamente sobre las relaciones que arroja de sí una empresa de que ambos sacan gran partido por separado, cree oportuno cumplir con los sagrados deberes de tan estrecha intimidad dejándose ver, aunque no sea sino por cortos momentos en la casa de su consocio, á fin de dar la bien venida á las señoras. Julia, que se pirra por saber las últimas modas

de París, y que es suficientemente curiosa para enterarse por sí misma de la cultura, costumbres y política del vecino reino; no obstante no tener otras relaciones con la jóven y hermosa viajera que las que nacen de unos cuantos saludos frios é indiferentes, escigidos por el gran tono, trata de acompañar á su padre.

La bella coqueta ha estado tres horas en el tocador, y ha regañado setenta veces á su doncella; pero por fin ha conseguido dar un nuevo realce á sus atractivos, segun informe fiel é imparcial de un enorme espejo que tiene delante. *Pandectas, Homóplato, Chacona* y los demas están ya apostados en distintos puntos, dispuestos, al parecer, á cubrir la carrera á la menor señal. Julia ya lo sabe de otras veces, y por eso quiere hoy fascinarlos mas con su hermosura y sus dengues; pero pretende también que otro jóven la observe confiada en que puede conseguir que la rinda tributo.

Padre é hija salen de casa, y los catorce ojos de los siete novios se han fijado con un poco mas de osadía que otras veces en un mismo punto. Cada uno de los siete se cree por su parte respectiva, autorizado para mirar á su querida, sin timidez, por que el billete amoroso que cada *quisque* ha recibido es un documento que les da derecho para no ruborizarse, al encontrar el bello rostro de Julia. Los hermosos ojos azules de esta han girado con cierto coquetismo en distintas direcciones, cuya insinuacion ha sido como una chispa eléctrica caída simultáneamente sobre siete corazones, que se han inflamado de un amor que nadie es capaz de resistir. Segun va pasando la bella jóven, desfila la compañía de enamorados, colocándose, como quien nada hace, á retaguardia, y siguiendo el mismo camino que llevan el Sr. Beltran y su hija. Cuatro agentes de policia marchan tambien en la misma direccion.....

Despues de los cumplimientos de ordenanza, y de una conversacion general sobre el viage y los franceses, el Sr. de Zamallon y el Sr. de Beltran empiezan á hablar de sus asuntos mercantiles, de sus ganancias y de sus pérdidas, viniendo á parar á su comun empresa. D.^a Tiburcia, que tambien tiene una parte, y no pasiva, en las empresas y agiotages de su hermano, á pesar de que todavia no se ha reconciliado con él, ni con el ex-diputado *Traga-espedientes*, y que está dispuesta á vengarse de los dos, apesar, pues, de todo esto, charla D.^a Tiburcia como un libro mayor de cuentas.

María ha recibido con suma amabilidad á Julia, sin embargo de que tambien es hermosa, y de que su querido Eusebio bailó con ella en el Liceo. María confia en las nuevas protestas de amor que el atolondrado jóven la ha hecho por escrito, últimamente, en el billete que la ha entregado su doncella.

Ambas jóvenes, bella, pero coqueta y orgullosa la una, hermosa, encantadora y sencilla la otra, dirigen ya algunas palabras de confianza. Julia pregunta por los trages de las francesitas, y María contesta con desembarazo y naturalidad, haciendo descripciones esactas de todo lo que ha visto. Julia quiere saber que clase de distracciones ofrece París á las jóvenes, y María la entera de las mas principales. De pregunta en pregunta y de respuesta en respuesta llegan al punto que es natural que lleguen dos jóvenes, cuyas gracias y atractivos son capaces de inflamar aun á aquellos corazones ajenos á toda sensacion de amor.

La bella coqueta da comienzo á la relacion de sus conquistas: pinta con colores vivos y fascinadores la satisfaccion que experimenta una jóven cuando ha conseguido atar á su carro seis ó siete prógimos que aspiran á poseerla: manifiesta cuán distraida pasa el tiempo una hermosa, cuando ha llegado á entretener con

ilusorias esperanzas á una porcion de adoradores: esplica circunstanciadamente las ridiculeces hechas por los que la rinden homenaje; y, por último, concluye aconsejando á Maria que siga el ejemplo, pues que de otro modo vivirá oscurecida y sin que nadie se la acerque demandándola amor; porque de nada sirven las gracias sino se sabe sacar partido de éllas. Maria escucha esta relacion con la sonrisa encantadora de una jóven sencilla y modesta.

Julia, que cree que la hija del señor de Zamallon oye su cuento con cierta complacencia, para fascinarla mas pintándola el alto prestigio que goza entre los jóvenes elegantes, continúa diciendo que en el último baile del Liceo se divirtió mucho; que allí hizo la conquista mas brillante que puede hacer una hermosa. El rostro de Maria empieza á cubrirse de un ligero carmin: la herida de su corazon, que creia la infeliz cicatrizada, se abre de nuevo: la hija de Zamallon vuelve á sentir el efecto de los celos. Pobre Maria!!!... siempre condenada á sufrir.... Julia añade:—Unas veces creo que el jóven rubio me ama con delirio, y otras llego á persuadirme de que su pasion hácia mí es fingida.—¡Son en el dia tan volubles los jóvenes! Mas le aseguro que ha de sufrir un poco, antes de que yo le corresponda.

Doña Tiburcia, su hermano y el padre de Julia se han cansado de hablar de los asuntos mercantiles, por lo cual este último dice á su hija que ya es hora de dar un paseito por los Arcos para hacer gana de comer. La novia del tambor francés, que quiere hacer otro tanto, á fin de ver al jóven que es un vivo retrato de su querido, y darle algunas esplicaciones respecto á lo de la banasta, manifestándole que en parte quedó vengado en singular batalla, propone á su sobrina que la acompañe á pasear como de costumbre, y que si al señor Beltran y á su hija no les sirve de molestia podrán salir de casa los cuatro juntos. Zamallon arruga el ceño, pero no le vale porque su hermana lo ha arrugado mas, mostrándole una cara de perro rabioso. Doña Pilar que á la sazón llega de misa, ofrece la casa á Julia, diciéndola que venga á pasar algunos ratos con Maria, y que entonces esta podrá ir á la suya.

Las dos jóvenes resguardadas por Doña Tiburcia y el señor Beltran se dirigen á la plaza. *Pandectas*, *Tremenda*, Luis y los otros enamorados galanes, desfilan detras de las dos parejas, y los agentes de policia marchan como cubriendo la retaguardia. La novia del tambor francés al ver semejante procesion, cree que alguna persona de la vecindad ha sido victima ó de una aguda enfermedad, ó de un entendido médico, y que todos aquellos prójimos que tan silenciosos caminan vienen de componer el duelo. El señor de Beltran los tiene por colegiales, y Maria, como mas sencilla, piensa que es una compañía de titiriteros.

Antes de llegar á la plaza, y como unos treinta pasos del magnífico gabinete de lectura, se acerca Eusebio á las dos jóvenes y las saluda con suma alegría ofreciéndolas su compañía. Julia la acepta, y Maria dirige una mirada espresiva y como de reconvencion á su amante; pero este no puede darle esplicaciones por que hay impedimento. La hija del señor Beltran empieza á hacer dengues y zalamerias, creyendo que con esta estrategia va á conseguir que el jóven rubio se derrita por ella.

D.^a Tiburcia y su compañero no ven ni oyen nada de lo que pasa á sus espaldas, porque van engolfados en una interesante conversacion, que, como por incidencia, la hace recaer de vez en cuando sobre la Francia, la novia del tambor.

De repente siente Eusebio que le tiran de uno de los faldones del frac: vuelve la cara y se encuentra con *Sinalefa* que, con voz apagada y misteriosa, le dice: «no

vayas con María, ni acompañes tampoco á D.^a Toribia porque de lo contrario te meterán en la banasta." El atolondrado jóven se rie y sigue acompañando á su querida y á Julia. Viendo esto el poeta esclama por tres veces:—¡Jóven incauto, y mal aconsejado Eusebio! ya te veo en la banasta..... ya te veo en la banasta, si, en la banasta, porque esa harpia de vieja, de pelo de color de cofre es ave de mal agüero;—y esto diciendo desaparece por una de las encrucijadas mas próximas.

Cansada ya de pasear D.^a Tiburcia, sin tener la dicha de contemplar la efigie del tambor, determina volver á casa, con un humor de Barrabás. El señor de Beltran y su hija tratan de hacer lo mismo, y entonces Eusebio dice al oido de María:—¿quieres que vaya esta tarde al jardin? alli te explicaré los motivos que tengo para obrar así.—Haz lo que gustes, contesta la hija de Zamallon con aire sentimental.

Los siete novios marchan tambien cada uno á su casa con ánimo de componer sus respectivas arengas de amor, para dirigirlas á Julia en la ermita de San Cristoval, á las ocho de la tarde.

La policia tiene ya noticias fidedignas y circunstanciadas de la gran conspiracion que se está fraguando, y se trata nada menos que de echar el guante á todos los conjurados.

CAPITULO IX.

De cómo la policia echa el guante á los siete novios de la bella Julia.

Son las siete de la tarde, hora en que el sol oculto casi tras la inaccesible montaña de Badaya, trasmite al través de una especie de franja formada por varias nubes encarnadas, unos ligeros rayos de luz, que reflejando en las cúspides de las inmensas alturas situadas á la parte del Oriente, las ilumina con un hermoso color de purpurina. La luna, aunque asoma su pálido rostro por encima de la eminencia que sirve de pedestal al famoso castillo de Guevara, no se atreve á enviarnos todavia sus blanquecinos reflejos, por temor, sin duda, de que el rubicundo Apolo no la eche en cara su osadía; así es que la tímida señora solo se limita á dar algunos pasos adelante, esperando á que el astro del dia concluya de cerrar su alcoba, y se ponga el gorro de dormir. De manera que por la vergüenza y rubor de la una y el mal humor del otro, nos vemos los mortales como entre unas vidrieras algun tanto empañadas por el humo ó por la niebla.

(En uno de los números próximos se concluirá.)

A LA MUERTE DE UNA NIÑA.

¿Tan triste pareció nuestra morada
A tu vista inocente,
Que habitarla quisiste apresurada
Un dia solamente?
¿Te explicaron tal vez en el camino
Cómo se vive en ella,
Y huyendo te alejaste del destino
Que aguarda á toda bella?
¿El Angel de la Guarda, que contigo
A la tierra venía,
Por librarte del hombre, tu enemigo,

Te arrebató en un dia?...
Lo ignoro, Blanca; de tu vez sencilla
Solo vibró el gemido
Que lanzaste al bundir tu navecilla
En el mar del olvido.—
Pero en las olas de la mar desierta
El Angel repetia:
«Para vivir muger mas vale muerta,
Alégrate, hija mia.»—
Es una muerte, Blanca, nuestra vida,
Y el morir o'ra muerte;

Si la cuna á la tumba hallaste unida
 Lograste buena suerte.
 Tal nace y muere en la campestre alfombra
 La violeta de Enero;
 Así goza la luz y huye la sombra
 Muriendo el sol primero.
 Mas vale que en tu cuna, placentera
 Escriba yo tu nombre,
 Que aguardar á que jóven lo pusiera
 En tu losa algun hombre.
 Aquí, en el corazon, llevo la historia
 De las pobres mugeres....
 Dichosa tú que nina en esa gloria
 Eternamente eres!
 No escucharás de trovador amante.

Aquel acento blando,
 Pero tendrás la alondra que te cante
 Por tu losa cruzando.
 No ceñirán corona lisongera
 A tu sien los amores,
 Pero brotar hará la Primavera
 De tu frente las flores.
 Tal vez la sangre de tus venas puras
 Será el jugo prestado,
 Con que nazca en tu fresca sepultura
 Algun lirio azulado....
 ¡Dichoso lirio! crezca alegremente;
 Porque si con fortuna
 Nace alguna mujer, es solamente....
 La que muere en la cuna.

CAROLINA CORONADO.

VIAJES (1).

Costumbres de los montañeses del Cáucaso.

TCHETEHENSKIS.

Actualmente comprende la Georgia las provincias de Cahétia, de Kartalinia, la Imere-tia, poblada de georgianos de la comunión griega, de muchos armenios, y un corto número de católicos; las provincias de Gangea ó Elizabet-Pol, de Karabach, de Chrivan, de Nuhga y el país de los Lesghins, mas guerreros y mas tenaces aun que los circasianos. El Daghestán meridional, y el septentrional, poblado de tártaros, resto de las antiguas hordas que dominaron la Rusia, siguen la secta de Omár y algunos la de Ali; estos constituyen con la provincia de Kasikumik (lesghines modernamente sometidos, de que se tratará despues), un gobierno, nuevamente formado, el cual, junto con el otro recientemente establecido con las últimas conquistas hechas en Armenia, depende y se corresponde directamente con Tiflis.

Todas las poblaciones que comprenden estos tres gobiernos, reconocen la soberanía del imperio, y están bajo el mando de las autoridades militares del ejército ruso. La de Astrakan ha sido conquistada por el imperio hace mas de dos siglos y medio. Las de Georgia que se han ido incorporando sucesivamente desde principio de este siglo, en la época en que tomó el mando de ellas el general en jefe Yermolow, estaban todavia bastante desorganizadas.

Las montañas del Cáucaso han sido en todos tiempos madriguera de numerosas bandas de partidarios, cuyas costumbres inveteradas, carácter inquieto y belicoso, é instinto de independencia, mas enérgico en el corazon del hombre de la naturaleza, que en el de la refinada civilización, los han substraído á la dominación estrangera.

Aunque cada tribu de estos montañeses tenga su tipo distintivo, todas se parecen por el amor á las armas, por la misma inclinación al pillage, por el mismo furor en el combate, la misma sed de venganza, y el mismo respeto á las leyes de la hospitalidad.

(1) En la sección de anuncios verán nuestros lectores anunciada la obra DOS AÑOS EN RUSIA, de donde está sacado el presente artículo: Se vende en esta Imprenta á 20 rs. vn.

Cerca de un millon de hombres útiles para las armas y para el género de guerra del pais, habita aquellas montañas: á la edad de 12 años comienzan ya los hijos á participar de los riesgos y rapiñas de sus padres; hay muchos que á los catorce años están imposibilitados por sus heridas, para abandonar el hogar paterno.

Las primeras tentativas para reconocer y ecsaminar con detenimiento este curioso pais y sus habitantes, y que dieron resultados favorables á la Rusia, datan desde el reinado de la emperatriz Catalina II. La anchura ó fondo de esta prolongada cordillera es muy desigual, pero puede calcularse en mas de doscientas werstas el parage en que parece estenderse menos en latitud. Uno de sus valles, conocido entre los antiguos con el nombre de *Porta Cumana*, y que se halla en la vertiente oriental del Cáucaso, es por lo menos de una anchura de ciento sesenta werstas.

Divididos entre sí estos montañeses por guerras intestinas, ó ya unidos para devastar los campos y saquear los valles, siempre escitados secretamente contra la dominacion rusa por las intrigas sordas de los gabinetes turco y persa, puede decirse que toda la comarca del Cáucaso, es mas bien para la Rusia un pais de enemigos tenaces, á quienes es preciso sugetar por la fuerza de las armas, que de súbditos sumisos y tributarios. Así es, que en tiempo de Yermolow fueron muchos y costosos los sacrificios y esfuerzos que hubo que hacer para que se mantuviesen pacíficos é inofensivos en su territorio los circasianos y sus vecinos inmediatos, los assetinianos y kabardanes. Por lo que toca á la parte de la cordillera que se estiende hacia el mar Caspio, se mantenía rebelde á toda especie de pacificacion.

Allí habitan, como ya se ha insinuado antes, desde la mas remota antigüedad, esas razas de tchetchenskis y lesghines, mas numerosas y compactas que las otras, mas temibles por sus costumbres belicosas, su fanatismo, y por su sed de pillage. Los tchetchenskis están escalonados entre las montañas de los lesghines y el pais de los kabardanes, y se estienden desde la cresta de aquellos colosales montes hasta las inmediaciones del rio Terek, diferenciándose estos montañeses de los de la otra parte del Cáucaso por su pequeña estatura, por su notable aire marcial y hasta por el traje.

Las casas de todo tchetchenski, están construida de piedras de cascajo, pero son tan blancas, y su interior está tan arreglado y limpio, como las humildes barracas del llano de Valencia. Sus camas se componen de pieles de carnero, su alimento de un pan mal amasado y cocido sobre una losa ardiente, y de un pedazo de carne á medio asar: cuando pueden agregar á este sustento diario un poco de aguardiente, nada en el mundo es comparable á su felicidad, por aquel momento. El terreno que habitan es muy fecundo; pero no recibe de ellos cultivo alguno, si se esceptúa un poco de cebada, (rara vez trigo), algun tabaco para sus pipas y considerable cantidad de cebollas; á lo que se reduce todo lo que desean obtener de la tierra. La caza y el pillage les alejan continuamente del hogar doméstico, con lo que mantienen sus familias. Las mugeres no tan graciosas y esbeltas como las circasianas, pero de contornos naturalmente lascivos, pasan una vida triste, sedentaria y miserable. La labor esmerada de los galones y tegidos de oro que llevan los gefes tchetchenskis sobre su túnica de paño lila, que es el color mas usado, prueba, apesar de su mal gusto, la delicadeza de manos de aquellas infelices mugeres, y demuestra de cuanto serian capaces si tuviesen una mediana cultura. Los atractivos, que las ha prodigado Naturaleza, no son bastantes á mover el corazon de aquellos guerreros, quienes no apetecen otra cosa que satisfacer momentáneamente sus deseos. Lo mismo que todos los mahometanos, á fuer de indómitos montañeses,

tienen en mas estimacion sus caballos, sus arreos, sus armas, su aguardiente y su pipa, que la variada hermosura de sus mugeres.

Los circasianos, como mas inmediatos al mar Negro, recibian de contrabando por el puerto de Anapa, cuya fortaleza fué mal restituida á la Turquía en 1812, todos los pertrechos de guerra que se les proporcionaban en cambio de muchachos de tierna edad, y sobre todo de mugeres, que, como es natural, saben elegir entre las mas bellas los turcos, y los que no siendo turcos acudian allí guiados de la avaricia, pasion predominante en este siglo, tráfico no menos abominable é infame que el de negros, y que en algun modo desmiente las declamaciones de las sociedades abolicionistas de la esclavitud. Asi, pues, el presupuesto de guerra de los montañeses caucasicos está equilibrado por su natural sobriedad, por sus continuos pillages, y sobre todo por aquel inicuo comercio de carne humana.

Cuando la edad avanzada, que entre ellos suele ser de setenta á ochenta años, (lo que prueba su extrema longevidad) les obliga al reposo, escogen silenciosamente el rincon mas oscuro y retirado de la casa, donde aguardan meses y meses á la muerte con la mas estóica tranquilidad. En el acto se apodera el hijo mayor de las armas y arreos militares del padre, objetos preciosos que se perpetúan entre ellos de generacion en generacion, como entre nuestras familias los pergaminos. Compónense estas herencias generalmente de un largo fusil de poco calibre, una pistola tambien larga, un puñal de dos pulgadas de ancho en su empuñadura, y las mas veces de un sable damasquino. Rara vez se conocen entre los montañeses del Cáucaso la lanza y la flecha, armas privilegiadas de los asiáticos de las llanuras.

No menos celosos de su independencia doméstica, que indóciles contra todo yugo estrangero, los techetchenskis viven entre sí bajo una forma de gobierno federativo.

En circunstancias ordinarias, los ancianos que pasan de sesenta años, deciden en las asambleas los asuntos administrativos y contenciosos: á la primera señal de guerra convienen los mismos entre sí en la eleccion de un jóven que por su astucia y valor sea el mas digno de ponerse á la cabeza de sus belicosas huestes, el cual despojándose momentáneamente de su armadura, recibe de mano de los tres mas ancianos de la asamblea la cota de malla y las insignias de su investidura; hecho lo cual queda suspensa toda venganza, hasta que vuelvan de la guerra. Esta pasion es una de las mas predominantes entre estos montañeses, quienes al sucumbir en la pelea ó en una lucha parcial, delegan á sus inmediatos sucesores la fanática obligacion de vengarlos de sus adversarios. Estos groseros instintos y el desdén que manifiestan á sus mugeres, son obstáculos grandes para la civilizacion y aumento de poblacion de estas comarcas.

No hay ejemplo de haber visto desarmado nunca á ningun tchetchenski; mueren ó se dan la muerte. Jamás, ni aun para dormir, se desprenden de su horrible y ancho puñal que llaman kainchál, cuya empuñadura nunca se separa de su mano derecha. En el modo de empuñarlo se reconocen los diferentes grados de su belicoso orgullo. Esta mortífera arma de doble filo tiene pie y medio de largo, y es tal su temple, que puede con ella afeitarse la barba. Toda la hoja, que la trabajan muy bien en aquel país, y especialmente en Tiflis, está impregnada de una composicion venenosa que hace mortal cualquiera herida. Cuando uno de estos montañeses se halla demasiado acosado por su adversario, toma entre el pulgar y el índice de su mano derecha ó izquierda la punta del kainchál, y lo arroja contra él con una destreza que suele ser funesta las mas de las veces.

ARCO-IRIS.

Círculo literario comercial.—La España dramática.—Con el nuevo año cómico, aparece esta Empresa Literaria, dedicada á la adquisicion de las obras dramáticas que se representen con buen éxito en los teatros de la Côte, circulándolas á las provincias para su espendicion y representacion. Sabemos que los señores Avecilla y Blasco, que se hallan á su frente, trabajan infatigablemente por mentar esta negociacion á una altura hasta ahora desconocida, teniendo en todas las provincias comisionados libreros para la espendicion de las obras, y comisionados banqueros que los representen cerca de las empresas de los teatros, estendiéndose hasta los pueblos de la menor importancia, donde quiera que haya coliseos. Las obras con que aparece esta empresa, últimamente representadas en los teatros de Madrid, y las ediciones que tenemos á la vista nada dejan que desear en cuanto á su belleza tipográfica y su lujo. Apoderados generales los señores Avecilla y Blasco de la Sociedad de Autores Dramáticos de la Côte, y representados en las provincias por las casas de banco de mas crédito, se hallarán incuestionablemente en la mas ventajosa posicion para poder dominar el negocio, y les presagiamos el mejor éxito en su empresa, como felicitamos á los autores dramáticos y empresas teatrales porque puedan tener un centro de movimiento tan conveniente á todos los intereses, (De la Luneta).

Ha visto la luz pública en Madrid el primer número de *La Academia*, semanario de literatura, ciencias y artes. Bien conocidas son del público las producciones del festivo escritor Sr. VILLERGAS así como las de los Sres. BERNAL, PINEDA y SALAS y QUIROGA, redactores de la ACADEMIA, para que este periódico necesite de nuestra recomendacion; en ello, sin embargo, cumplimos un deber á fin de distinguirle particularmente de otras varias publicaciones, muy recomendadas tambien, y muy dignas del olvido. Deseamos, pues, al nuevo cólega mucha suscripcion y larga vida, que no menos puede esperarse á juzgar por el número que tenemos á la vista.

Tenemos á la vista la primera entrega del *Monge de San Bernardo*, novela histórica política social por D. Felix Montero Moralejo (1). La rápida lectura que de ella hemos hecho nos prueba los esfuerzos laudables del autor para señalarse en este género de literatura, por lo que no podemos menos de recomendar su adquisicion á los aficionados á la novela.

La abundancia de original que nuestros apreciables colaboradores nos han remitido, parte del cual hemos insertado ya en nuestro periódico, ha sido la causa de no dar hasta ahora ninguna revista dramática. En lo sucesivo procuraremos cubrir esta falta, poniendo á nuestros suscritores al corriente de las novedades teatrales de esta capital, con la independendencia, medida y leal intencion que siempre han guiado á nuestra critica.

(1) Constará de 3 tomos en 4.º menor de 300 páginas cada uno. Su precio 6 rs. tomo sin láminas y 7 con ellas en esta capital y 8 fuera de ella con igual condicion. A los que no lo quieran recibir por tomos se les mandará por entregas, que saldrá cada 10 días una de 96 páginas. Se suscribe en la imprenta del Sr. Marcili.